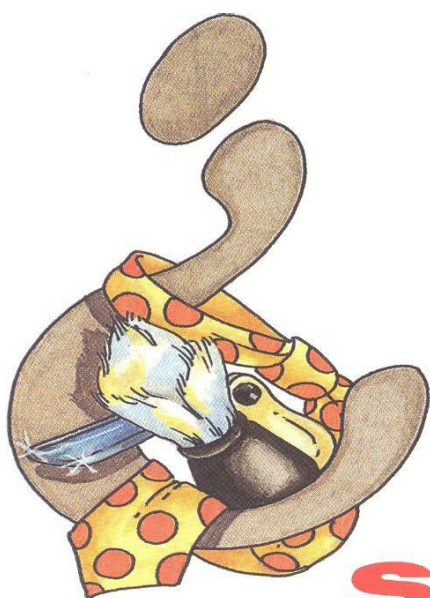


La Barbera alemana

Antonio Pereira poeta Y narrador. Premio Leopoldo Alas. Premio Fastenrath de la Real Academia por *El síndrome de Estocolmo* (1988). Su libro más reciente, *Cuentos para lectores cómplices* (1989), se publicó en Espasa Calpe, colección Austral.

Ilustraciones: Laura Lombardi



Se pasa usted la punta de la lengua por los labios? ¿Abre y cierra los ojos de prisa y sin poderlo remediar?

No hace falta que conteste. Con sólo oír o leer estas palabras seguro que usted ha aumentado su secreción salivar, parpadeado con fuerza.

Y si el lector es varón, será raro que no se toque compulsivamente la nuez de Adán al saber por qué en esta ciudad solemos llevarnos la mano a esa prominencia de la garganta. Las manías tienen sus causas. En el verano de las peregrinaciones, cuando riadas de jóvenes vinieron al Noroeste para abjurar de las sodomías y las camas redondas, una alemana se quedó rezagada, por culpa de unas vejigas plantares que le habían empezado al caminar por La Rioja.

En el ambulatorio tuvieron que rajarle la lona de las botas.

-Y estos edemas de los pies- le dijo el médico de guardia, harto de aquellos días de llagas y de atajar diarreas. -Tiene los pies grandes, ¿pero sabe usted que con la hinchazón no le veo más que tres dedos? Deme sus papeles y haré que la metan en una ambulancia.

La alemana no quería separarse de la legión andariega, donde nadie sabía el nombre de nadie ni el lugar de origen, ni importaba su vida anterior. Pasaban hombres y mujeres mezclados, viviendo como hermanos, dando vivas a la Virgen y al Papa. Bastaría con descansar un tiempo y luego incorporarse al flujo incesante. El abad le puso a la alemana un sello de fechas en un papel honorífico, que sin ningún rigor se les daba a los peregrinos. La peregrina caminó como pudo hasta el albergue que habían dispuesto las cofradías en el falansterio abandonado de la calle del Agua. Estaban sonando las campanas de la colegiata. Se echó vestida y todo sobre el colchón y no alcanzó a la terminación del toque de vísperas. Dicen que deliraba. Se agarraba con fuerza a los barrotes de la cama gritando palabras que nadie entendía. Una noche de bochorno se tiró de la cama para huir, como si fuera una presa en vez de una enferma cuidada como Dios manda.

Luego resultó que traía una insolación de morirse, el sol de por esos campos se le había metido en la cabeza y de ahí la ansiedad que sólo se le rebajaba con bolsas de hielo.

Cuando la alemana salió de la fiebre, el mundo era un pozo de soledad y silencio. Por la calle apenas pasaba gente y eran vecinos que andaban a sus asuntos. Habían desmantelado el albergue, salvo la cama de la rezagada, y el cuarto aparecía desvencijado, con rendijas de luz y de aire en el suelo de tablas y el techo. La droguera se había ofrecido para aquella misión humanitaria. Dice la droguera que cuando la extranjera volvió a su ser no preguntó dónde estaba ni qué hora era, como suelen esos enfermos, sino que pidió una cerveza del tiempo. Después pidió aquel papel devoto, que le tenían guardado y era la única documentación que llevaba. Y después empezó a limpiar el trozo de vivienda como si quisiera pagar las atenciones de aquellos días. Preguntó y le dijeron que ningún inconveniente, que podía quedarse lo que quisiera, las casas viejas incluso están mejor con gente que las ocupe.

Entre el vecindario, mermado en número con la llegada del otoño, hubo quien se declaraba contrario a la movida europea, sólo por unas jardineras estropeadas, por algunos preservativos de colores que hoy aquí, mañana en el atrio de los franciscanos menores, venían apareciendo en la limpieza que nunca se acababa del todo.

Pero no se puede juzgar por diez, ni por veinte, ni siquiera por cien débiles de la carne cuando habían sido medio millón de almas. Y lo que importa: ni a los más críticos del pueblo se les ocurrió mirar con malos ojos a la alemana, que allí seguía en el falansterio, aunque advertida de que la vivienda la tenía en precario.

La alemana no es que fuese tan joven, andaría por los treinta años. El soltero Domínguez se la hubiera apropiado para su beneficio, tenía para alojarla el pabellón de caza pero no se atrevió a intentarlo. Ahora nos parece que fue lástima no animarlo, a ver si un día encuentra lo que no quiera.

-Esta es una villa hospitalaria -se oía decir-, acordaos cuando recogimos al cojo portugués.

-Que no fue mal negocio para la ciudad, el medio millón de escudos que dejó a su muerte para suavizar la cuesta del cementerio.

Pero no se pensaba en el interés. Había como una voluntad comunal hacia aquella mujer, que al recuperarse tiraba a fornida, de buenas piernas y de cara sana y colorada. Los ojos los tenía inocentes, sería porque eran claros y azules. Anduvo comiendo por los conventos, por casas particulares, y la gente se adelantaba con discreción y no le faltó dinero de bolsillo para la cerveza. Le dieron unos vaqueros nuevos. No era nada coqueta y ayudaba en las labores a poco que se lo pidieran. Se hizo querer de las mujeres, y eso es como tener un seguro.

- De Westfalia- se pudo saber un día.

La gente de aquí es orgullosa y no les pregunta directamente a los forasteros. La alemana hablaba muy poco, lo indispensable, en un español que iba aprendiendo sin libros, a fuerza de observación y de oreja.

Cuando fue afianzándose su posición se vio que prefería un trabajo que no fuese casero. Un par de domingos estuvo en el cine como interina por enfermedad del acomodador, y resultó un poco autoritaria, se empeñaba en acomodar a la gente por estaturas y no por la numeración de las entradas.

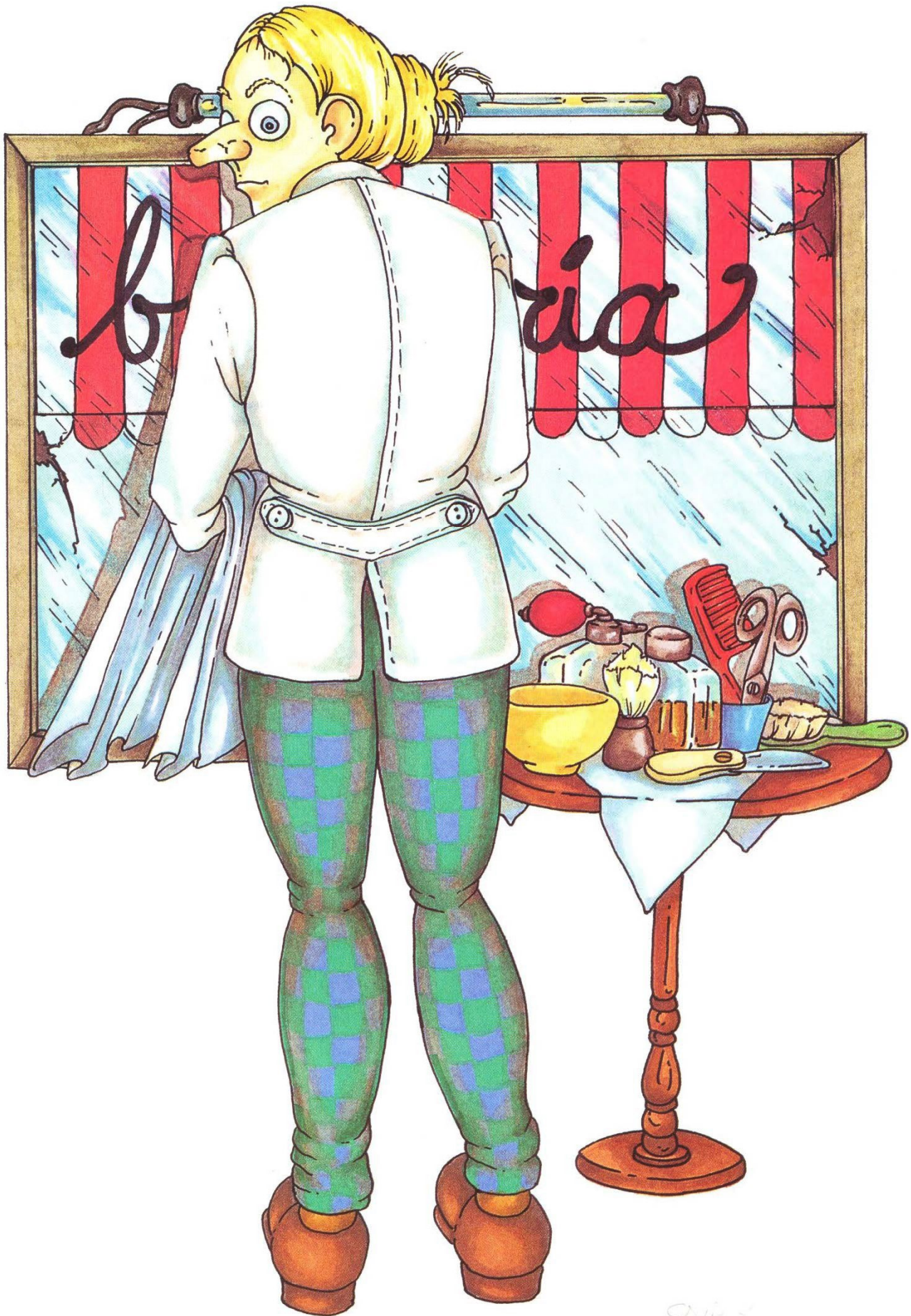
-Cada nación tiene sus costumbres- la disculpábamos.

-La alemana es del corazón de Westfalia. También estuvo en el envasado de castañas y nueces mientras duró la campaña, y después en una carnicería. Para esto último no vale cualquiera. Daba gusto la decisión con que cortaba los filetes sangrantes y los aplanaba con el hacha.

Un día, de pronto, se supo que la alemana iba a hacerse cargo de la barbería de Martín. Todos lo encontramos de lo más natural, el que una alemana de Westfalia caiga por nuestra ciudad y le guste el oficio de barbera, los de Ponferrada cuando vienen a la feria de año de todo se asombran. Martín iba ya viejo, era el último vestigio de las siete barberías relucientes que había tenido la población, y al hombre le fallaba el pulso y derrochaba el lápiz cortasangre para las cortaduras. El mismo se sometió a un afeitado y rebaje de pelo, para probar, y sin más trámites tomó a la alemana. A nadie se le ocurrió pensar en los orígenes de aquella vocación venida de tan lejos. Ni por qué una alemana llevaba camino de plantarse aquí, un pueblo ensimismado que no se anima más que por el Cristo y en los jubileos de cada siete años. En cuanto a la destreza de la nueva barbera, poco engaño cabía, que pronto se iba a saber.

Ahora, con la imparcialidad que dan los hechos pasados, procede reconocer que en los cortes de pelo no era gran cosa. Pero en el afeitado, la barbera alemana fue una revelación. La barbería de la plazuela dejó de ser un anacronismo. Empezó a llenarse, como en tiempos las siete barberías censadas. Y no había razones ocultas. Los solteros en este pueblo bastan para llenar ese y cualquier negocio que se abra, si les da por ahí, pero en el establecimiento remozado, con la herramienta limpia y a punto, no sacaban otra tajada que el servicio del arte barbero. La barbera a veces tenía que arrimarse y le sentías las tetas, pero esto ella no podía remediarlo. El cepillo de la ropa se lo daba a la mano al cliente, que se cepillara él el pantalón. Y desde el día en que estrenó la chaquetilla blanca, un arreglo de la mujer de Martín, advirtió que no admitiría propinas. Sólo algún detalle, un poco de yeso, retales de cortinas, macetas y esquejes de plantas para su refugio.

Era algo que teníamos olvidado, la barbería. Un placer inmenso, quizá el mayor para un hombre, salvado el de acostarse con una buena mujer. Empezaba en la espera, lo mismo que pasa en el amor. Con la imaginación te adelantabas al deslizamiento de la brocha por la cara con sus montones de espuma blanca. La alemana se movía alrededor del sillón, y del sillón a la mesita de utensilios, o al grifo de agua corriente, y estaba maciza de cuerpo pero la fuerza principal vivía en sus brazos que enseñaba hasta el codo, y sobre todo en sus manos. Las manos no eran ásperas, lo sentías cuando te llegaba la vez. Pero decididas. ¡El mentón arriba! ¡La mejilla para el lado contrario! Todo esto sin palabras. O te pinzaba con dos dedos la nariz, la navaja apurando lo de arriba del labio.



-Las navajas son alemanas, como ella- decía Martín, que solía estar de tertulia en la tienda-, no hay en el mundo herramientas de corte como las de allí.

-De Solinge, serán -decía el soltero de la ferretería-, de la fábrica Konejung.

La barbera estaba a lo suyo. Y es verdad que la navaja era su instrumento de solista, ella prefería entre las navajas la más grande, larga, de hoja resplandeciente y veloz. Y tanto como el propio concierto del afeitado, valía el prólogo de la afinación, aquel gesto terco y reflexivo de suavizar el acero en la correa extendida.

Con la chaqueta de Martín, parecía que la nueva hubiera heredado las costumbres. De vez en cuando pasaba a la trastienda, echaba un trago y volvía con ganas al trabajo. Sólo cambió la higiene final: del pulverizador de agua del grifo había pasado al alcohol de noventa y seis grados, un masaje duro en que ella se empleaba a fondo, se demoraba. Cuando un servicio estaba concluido, la artista le acercaba al cliente el espejo de mano. Tú mismo te pasabas la mano por las mejillas, como si no te bastara lo que estabas viendo. La piel joven o menos joven, tirante o arrugada; pero siempre viril como no lo puede lograr ninguna guillete ni máquina eléctrica. Éramos hombres nuevos. Como si nos hubieran devuelto el gusto por la obra bien hecha.

Todavía no habíamos llegado a lo de febrero, todo el mundo sabe el caso por los periódicos y revistas. Por entonces la alemana era ya como del pueblo. Alguna vez se la había visto preparar monedas de veinte duros y meterse en la cabina telefónica para una conferencia muy corta, pero ya ni eso. Acudía a los entierros y a apagar los incendios, había dejado la cerveza por el vino de Cacabelos, era persona con casa abierta, nadie se lo discutía, y sólo faltaba que la empadronaran.

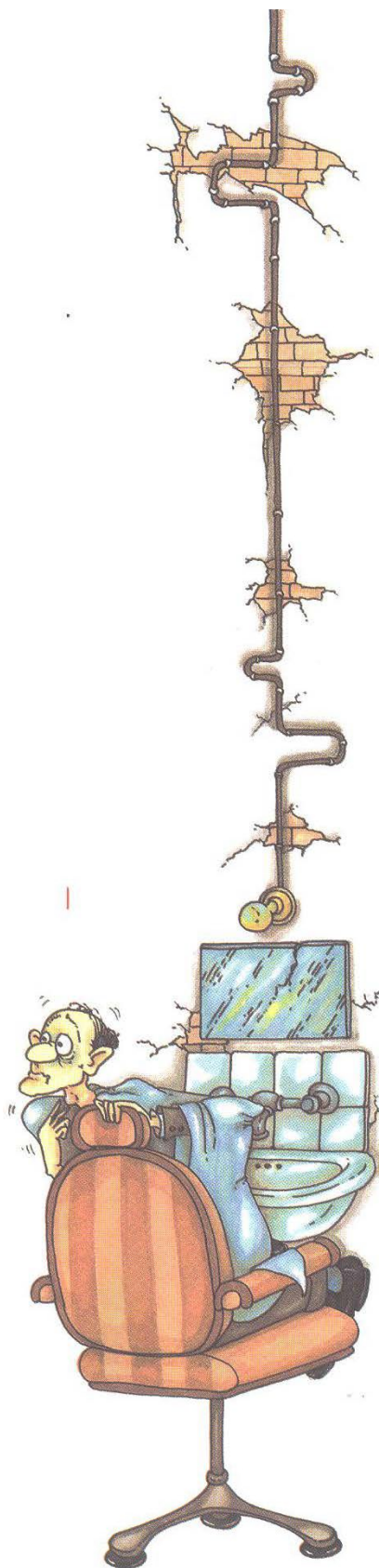
En febrero, sobre todo, no pasa nadie, no pasa nada. A las cinco de la tarde del día de autos, la sucesora de Martín se ocupaba de hacerle un completo al registrador, como pudo ser otro ciudadano cualquiera. Pero era el registrador. Un señor de lo más fino en el trato, exagerado de flaco, que se escapa por el cuello de la camisa. Por eso se le destacan más los relieves, la nariz, las orejas, las venas. En el sillón de rejilla se le veía como perdido, siempre con mucho paño del babero sobrándole.

La tarde estaba oscura, yo fui testigo y parece que lo estoy viviendo. Se oían algunos truenos sueltos, una de esas tormentas de invierno que chocan por lo impropias. La barbera iba ya por los retoques de si un lunar piloso, de una hebra que se sale de la nariz. Se abrió la puerta cristalera y entraron dos tipos desconocidos, vestidos con gabardinas iguales. Dejaron la puerta abierta, y el alguacil del juzgado venía como indicándoles. Sólo con verlos se adivinaba su profesión.

_ Erika de tal o de forasteros, o sea, el de la mujer y con un tono

Ella no demostró momento, por favor- Sin volverse, pero seguro en el espejo.

Hubo un relámpago un movimiento en las los policías cuando la del registrador, pelusilla. Luego la barbera le pusieron unas esposas pequeñas. Así salió en las junto a esos horrores de trabajo creer.



cual- pronunció uno de los nombre y el apellido difícil seco como en las películas.

ninguna sorpresa. -Sólo un parece que dijo en alemán. que estaba viéndolo todo

de acero en el aire (se notó gabardinas) y un alivio de navaja rozó apenas la nuez limpiándole ese poco de ofreció las muñecas y ellos que parecían estarle fotografías de sucesos, Düsseldorf que cuesta